

Clarín

Precio del ejemplar
\$ 0.10

Buenos Aires, Diciembre 23 de 1919

Año I — N.º 9



Gracias a Dios con la proximidad de las elecciones vuelve a ser
"Soberano" otra temporadita.

Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEO UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral—y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Acaba de aparecer:

PROTASIO LUCERO

(un porteño en provincias)

por

B. González Arrili

De venta en todas las librerías \$ 2 m/n

Estudio de los doctores

Alfredo L. Palacios

y

Carlos N. Caminos

Viamonte 1538

U. T. Juncal 4901

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEO UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Máximo Gorki

La vida y la obra del gran escritor y revolucionario ruso han sido estudiadas con profundo conocimiento y admiración por Alejandro Castiñeiras en un libro que Vd. debe conocer.

El análisis de la vigorosa personalidad de Gorki ha dado ocasión a Castiñeiras para que dé a conocer el ambiente revolucionario ruso que hoy interesa el mundo entero.

En todas las librerías

a DOS pesos m/n

(Publicación de la Cooperativa Editorial Buenos Aires)

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, Medio pupilos y externos - Enseñanza secundaria y primaria
Incorporado al Colegio Nacional - Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de Football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construídas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y R.)

Número del teléfono: 90, Olivos

Clarín

Aparece los martes

REVISTA SEMANAL

Redacción y Administración
MAIPU 126

La campaña electoral

por

J. C. Del Giudice

EN ocasión a las elecciones nacionales que deberán realizarse en Marzo próximo, los partidos políticos han comenzado con todo estruendo los aprestos para una ardua lucha; y si ésta se anuncia más reñida y apasionada, no es porque los graves problemas a resolverse hayan determinado en las agrupaciones acciones decisivas o separaciones definidas, sino que, por la aplicación del último censo a la representación parlamentaria, se han multiplicado las bancas disponibles y con esto se han acrecentado las ambiciones.

Y es de una inmundicia escandalosa esta expresión descarada de la conquista del puesto, con el bajo anhelo de un encumbramiento social, o un deseo desmedido de manipular en las negociaciones ocultas que una diputación representa; porque para ello se usa de todas las gamas de la simulación, desde la del talento, hasta la del desinterés, y desde la del ideal nunca sentido, hasta la de la honestidad siempre fa-seada. Y se miente; se urde todos los medios para hacer de una mentira un símbolo; se corrompe a la prensa, se hace de la amistad un contrato con recompensas a plazos, se adula los bajos instintos de las muchedumbres; se le ofrece el comité como garito, se le proporciona el alcohol, se le promete el puesto innoble, o se explota el sentir más sereno de los que repugnan de esa vieja política criolla y de los que, agobiados, por el peso fatal de la organización social contemporánea, anhelan una renovación de valores y la afirmación de una idea de justicia; allí actúa el político intelectual, el que explota ideas modernas, el que promete el paraíso terrenal mediante un solo esfuerzo: el de su elección.

Esto es en nuestro país, una campaña política. Los del «régimen», aún con las garras afiladas, voceiferando la inmundicia de los de hoy; éstos, delatando los embustes de los de ayer; y las izquierdas, voceando la inmundicia ajena, para erigir la propia.

¿Quiénes son, los que hoy se presentan ante el pueblo, solicitándole su representa-

ción?, ¿quiénes sinos los que se han presentado ayer y los que aún hoy ocupan sillones parlamentarios?, ¿y con qué saldo benéfico comparecen?

Otra vez el mismo palabrerío, el mismo cinismo, los mismos viles apetitos a flor de labios, la misma indigna confianza en la ingorancia, en la pusilanimidad, en la depresión moral de este pobre pueblo.

Los mismos partidos, con los mismos antecedentes y con los mismos hombres; porque hasta en los partidos *avanzados*, los nombres tienen ya un valor superior a las fideas y a las obras.

¿Cómo justificar esa inacción parlamentaria? ¿Qué solución han tenido los conflictos que tan cruelmente reveló la semana de Enero? ¿Se ha perdido en el vacío, ese ardor con que la Cámara anunció que se hallaba para resolver el problema? ¿Cuáles son las leyes contra el latifundio? ¿Qué disculpas se ofrecen ante los asuntos agrarios? ¿Dónde están las leyes de seguro a la vejez y las nuevas reglamentaciones al trabajo, que decoraban los carteles de todas las manifestaciones, de todos los núcleos en las elecciones pasadas? ¿Qué se ha hecho por el abaratamiento de la vida? ¿Cuál es la organización definitiva y sensata de la enseñanza que nos había de llegar por vía legislativa? ¿Cuáles las leyes de colonización, cuáles las de defensa agrícolas contra especuladores y acaparadores, (¿fuera de este escandaloso negocio de las bolsas)? ¿Y el problema del petróleo? ¿La leña? ¿La marina mercante? ¿Dónde se reveló tanto patriotismo y tanta ciencia milagrosa?

Sin abordar los grandes problemas trascendentales y considerando únicamente los asuntos caseros, el libro de sesiones del año que fenece, como el anterior, como los del último lustro, no dejan más que un amargo resumen: ¡nada!

Doloroso el espectáculo este de la república en aprestos para una elección; dolorosa esta tranquilidad ante los problemas humanos que hoy conmueven al mundo; doloroso este transcurrir de los días a la es-

pera de una carrera de votos, con el cálculo de monta y peso de cada candidato; doloroso por los hombres que así han claudicado de llevar el alma limpia; por las inteligencias y las energías gastadas en este comercio impuro de la más baja democracia; por este pueblo que cohibido por sus instintos, paga a duro precio la adulación y la mentira por no afrontar la verdad dura y límpida.

Nunca, en verdad, la orientación de la república pudo ser más incierta; nunca la magnitud de los problemas fué más grave, la incapacidad democrática más visible, la falta de hombres sanos más evidente.

Ningún valor real puede tener esta elección. Se consagrará en ella un número mayor de impostores, que mañana se arrojarán al rostro las crostas de sus lepras, para goce del pueblo y comercio de la prensa.

Ninguna elección puede salvar a un pueblo cuando se unde en el censo de los valores morales; cuando juzga con la misma vara al ingenuo puro y al pillo audaz. Ninguna pasión despertará, pues, la campaña electoral que se inicia en esta juventud que marcha hoy con los ojos muy abiertos después de la noche horrible, el corazón atormentado ante la maldad inconsciente de los hombres, el pecho anhelante de vida mejor.

Indicios de esta reacción, son los últimos conflictos estudiantiles, el pendiente aún en La Plata, el caso de Córdoba, la valiente declaración del congreso de normalistas.

Hay en todo ello una transformación de valores morales. Se exige el maestro sano, se exige el pudor ingénito de las almas íntegras, se expresa la fe inquebrantable en la verdad desnuda, la pureza en las pasiones, la dignidad en la acción, la belleza franca, porque solo así, con nobleza íntima, se impondrá el reino de amor entre los hombres.

«La historia, según se entiende, no es, en primer término, la historia de las batallas, ni de los Jefes de Gobierno, ni de los Parlamentos; no es la historia de los Estados, que es el cauce o estuario, sino de las vitalidades nacionales, que son los torrentes».

José ORTEGA GASSET.

Consecuencias de la reforma

por

Alfredo Colmo

La innovación más importante que ha entrañado la reforma universitaria, está en la participación de los estudiantes en la elección de las autoridades de cada Facultad.

¿Es buena? ¿Es mala?

En principio tiene que ser lo primero. Si es un dogma la democracia en materia política, no se ve por qué no deba serlo en asur^o educacional: los estudiantes vienen a ser el pueblo en la república universitaria, y se dan sus representantes o «gobernantes» exactamente como hace el pueblo al designar diputados o electores de presidente.

Sé que cabe replicar, pero sin mayor eficiencia.

He aquí una primera observación posible: con igual criterio, sería menester atribuir facultad electoral a los estudiantes normales, secundarios, «especiales» (militares, comerciales, artísticos, industriales, etc.), y a los mismos alumnos primarios. La respuesta no es difícil: los estudiantes universitarios son «hombres»; los restantes son adolescentes o niños.

En cuanto a la resistencia que ha despertado la reforma entre el profesorado universitario, es dable apuntar: que el misoneísmo puede no ser ni media razón; que tal resistencia ha obedecido, en buena parte, a la circunstancia de que la reforma, al barrer con todo un «régimen», ha producido naturales agravios; y que en el peor, o el mejor, de los supuestos (la resistencia es debida a motivos de principio), no se puede argumentar sobre la base de una experiencia tan breve como la que hemos tenido hasta ahora.

Quiero prescindir de otras inculpaciones, para limitarme a la que considero más fuerte: la reforma carece de precedentes. Es ello verdad en gran parte: sólo en los Estados Unidos, y casi siempre en universidades privadas, se conoce dicha intervención estudiantil (es el fundador quien, en la respectiva escritura o testamento, dispone en tal sentido). Y en las grades universidades inglesas y germánicas, apenas si el senado universitario (cuerpo de profesores) o el «hebdomadal council» se componen de profesores. Con todo, creo que la reforma es sostenible: en la misma tradición inglesa se ha desatado un como «venticello» democrático, que en algún caso se resuelve cabalmente en la susodicha intervención estudiantil; de otra parte, en países como los nuestros, nuevos y así innovadores, precisamente porque no los reata ninguna tradición intensa, reformas semejantes suelen anticiparse a las de países consolidados y de evolución más lenta (pién-

«Todos los días se debe por lo menos oír una pequeña canción, leer una buena poesía, ver un buen cuadro y, si fuera posible, decir algunas palabras razonables».

GOETHE.

sese, por ejemplo, en el sistema republicano, en el seguro obligatorio, etc.).

Repito que en tal terreno es difícil desaprobar la reforma.

Ya no es lo mismo en otro campo: en el de su aplicación concreta, en el de sus resultados.

Aquí sí habría más de una cosa que decir.

La orientación de la reforma ha hecho, desde luego, que tal intervención se convierta en una hegemonía: en las elecciones sólo triunfan, sólo pueden triunfar, los candidatos estudiantiles. La explicación es sencilla: los estudiantes disponen de un tercio de los votos; por la fuerza de las cosas, sus candidatos son casi siempre profesores; votan unidos; los profesores, sobre no concurrir en muy buena parte, están naturalmente divididos; agréguese el que sólo 10 o 15 profesores estén con los estudiantes; y se tiene la consecuencia de que sobre un cuerpo electoral que en el hecho no suma más de 70 u 80 miembros, los estudiantes cuentan, por lo menos, con una mayoría de 40 votos firmes.

No es que incomode el hecho en sí: tienen demasiado tino y sentido los estudiantes para ungir candidatos que no merezcan ser tales. Fuera de ello, por encima de ello, la psicología de los alumnos es aquí bien superior a la de los profesores: los profesores tenemos nuestros roces y diferencias, nuestras pasiones, nuestro egoísmo, toda una serie de fallas para mirar con desinterés; los alumnos, por lo mismo que inmediatamente no juegan nada propio, desde que ellos mismos no son, ni pueden ser, candidatos, tienen que mirar con más altura y con una ejemplar pureza de intenciones. La verdad: los estudiantes no podrían proceder incorrectamente al respecto; y el gobierno de ellos no es inferior al que pudiéramos darnos los profesores.

Lo que incomoda es otra cosa, son otras cosas.

Ante todo, el cuerpo estudiantil ha adquirido, sin grave dificultad de percepción, el convencimiento de que es el árbitro. Por eso, con intención o sin ella, resulta imponiendo sus listas. Se concibe, así, el agravio de los profesores, que nada propio pueden hacer.

Ese monopolio electoral se amplifica: los estudiantes saben que en el fondo tienen todo el gobierno universitario. De ahí sus continuos reclamos, sus resistencias y sus levantamientos. Y de ahí un estado de crisis latente, ante conflictos en perspectiva.

Es esto de lo más peligroso.

Lo democrático y educador de la conjunción profesoral y estudiantil, desaparece casi del todo. Amenguado, casi digo anulado, el concurso profesoral, sólo queda el estudiantil. En otra forma, volvemos a lo de siempre: al gobierno de una minoría, al imperio de un círculo.

La relativa libertad de acción está trabada. Tan fuerte es la fiscalización de los estudiantes, que se resuelve en algo más: en una coerción moral. Lo prueban los hechos: hay demasiada complacencia en aquél

para con las solicitudes estudiantiles. No de otra suerte se explica (por ejemplo, y entre muchas cosas análogas) la prórroga por tercera vez de plan transitorio en la Facultad de derecho, que debió expirar en julio del año p.pdo., y que ha seguido rigiendo en diciembre del mismo, en marzo, julio y diciembre del que corre, y en cuya virtud el doble título de abogado y doctor puede ser logrado con 5 años de estudio y con una tesis formularia, lo que implica barrer del todo con los cursos doctorales.

En verdad que a tal respecto concurren otras circunstancias: las convulsiones del año último y del actual, que han acarreado situaciones anormales y así no reglamentarias. Pero es que en eso mismo está la falla: tales convulsiones son efecto más o menos necesario de cualquier hegemonía; de modo que nada cuesta preverlas, así en general, para el porvenir, y con motivos insospechados, días, horas antes.

También es verdad que media una circunstancia de orden más amplio: la convulsión parece una norma. Véase los «casos» de Santa Fe y de La Plata. Recuérdese los casos análogos de Lima y de Santiago. Y téngase presente las de orden económico y social de casi todas las grandes ciudades de España, Italia, Inglaterra y los mismos Estados Unidos. Parece que hubiera en el ambiente un aire de renovación que se concreta en mil formas y oportunidades.

Pero esto es remontarse demasiado, y sólo implica una mera hipótesis.

En lo más terreno de nuestro asunto, y sin puntualizar situaciones desagradables, aunque sintomáticas, por lo que son personales, no insistir en la circunstancia de que alguna vez se ha exigido mandato imperativo por los estudiantes a los candidatos, quiero decir que los estudiantes, aun contra su intención y sus naturales deseos y por la simple virtualidad de la reforma tal como ha quedado implantada, han llegado a abusar de su potestad. De ahí dos cosas entre otras: se desvirtúa en parte la seriedad de la casa universitaria; y se está labrando la contrarreforma, en cuanto se hace resaltar con exceso las deficiencias y los mismos peligros de aquélla.

Tienen bastante inteligencia y previsión nuestros estudiantes, para no conspirar contra sus propios intereses. Al fin y al cabo, el éxito es el que dura y ennoblece, no el inmediato, que es pasajero y subalterno.

No podría dudarse de mi indicación o consejo: soy partidario bien decidido del gobierno democrático en cualquier orden de actividad social; y soy el primero que entre nosotros ha abogado por la intervención estudiantil en las elecciones universitarias.

Y declaro, al terminar, que si la reforma tuviera la sola virtud de enseñar a los estudiantes la democracia vivida, de educarlos en la acción colectiva, de mostrarles el verdadero pueblo que mañana van a representar y aún dirigir en otras esferas superiores; si, en una palabra, lograsen la noción sentida de los medios y formas para satisfacer las exigencias sociales, hoy que están más «abajo», para que luego, cuando estén «arriba», no las olviden y sepan aplicarlas decorosamente, se habría obtenido el mejor de los resultados, cualesquiera que pudieran haber sido los tropiezos parciales, que hasta precisamente sirven para educarse y formarse en la gran escuela, la escuela insustituible de la experiencia.



Los dos nacionalismos

«Y esa doctrina (sobre la argentinidad) no puede dividir a los argentinos sino por su grado de cultura, según consideren que nuestra civilización ha realizado ya todos sus ideales, y éstos serán los conservadores en el más absoluto sentido de la palabra, y los que, pensando que debemos crear la unidad espiritual del pueblo argentino y tender hacia formas cada vez menos imperfectas de justicia social y de educación, sean forzosamente renovadores de la actual».

Ricardo Rojas (Clarín, N.º 1).

El congreso de estudiantes normalistas, reunido recientemente en esta capital, aprobó, salvo el inciso b del tercer considerando, por 34 votos contra 14, el siguiente proyecto de declaración, presentado por el que suscribe:

Considerando:

- 1.º Que el sentimiento de nacionalidad, que no excluye de ningún modo el sentimiento de humanidad, es común a todos los hombres;
- 2.º Que sólo por aberración puede faltar dicho sentimiento;
- 3.º Que esta aberración se debe:
 - a) A un excesivo egoísmo del individuo que únicamente es susceptible de ser corregido mediante la educación;
 - b) A la existencia de una lamentable injusticia social que ofusca el espíritu de los oprimidos, haciéndoles creer que sus opresores son la patria, ya que estos últimos se arrojan excesivamente la representación de la misma;

El primer congreso de estudiantes normalistas

Declara:

Que la única forma en que la escuela puede hacer obra de verdadero nacionalismo es educando al hombre en el amplio de la verdad científica y de la justicia social.

En pro de esta declaración del congreso normalista hablaron pocos, muy pocos, ¡valga, sin embargo, la calidad de los que hablaron como una compensación! En contra clamaron muchos, muy muchos, casi todos. Clamó «La Prensa» ¿cuándo?, clamó «La Nación» y clamó toda la gama del periodismo serio del país... hasta «Las Noticias». Clamaron también contra la declaración normalista diversas instituciones asimismo muy serias: la «Sociedad de Mayo» (sic) de reciente fundación (cuyo presidente, entre paréntesis, es quien sostuvo en el seno del congreso la proposición chauvinista rechazada), la benemérita «Confederación de maestros del litoral», la «Asociación nacional del trabajo», la «Asociación nacional de boy-scouts»... Como se ve, sólo faltaba el clamor del digno presidente de la no menos digna «Liga Patriótica Argentina»; diz que él también clamó en el discurso de agradecimiento por haber sido elevado a la presidencia vitalicia de tan útil y venerable sociedad: ¡Qué alivio para mí!

Es el caso que después de tanto clamor ya no queda casi leña para atizar el fuego; la tempestad amaina y el ruido de los truenos se pierde en la lejanía. Aprovecho pues este instante de bonanza para hacer oír mi débil y modesta voz. Creo que ha llegado mi turno y quiero explicarme. Me explicaré.

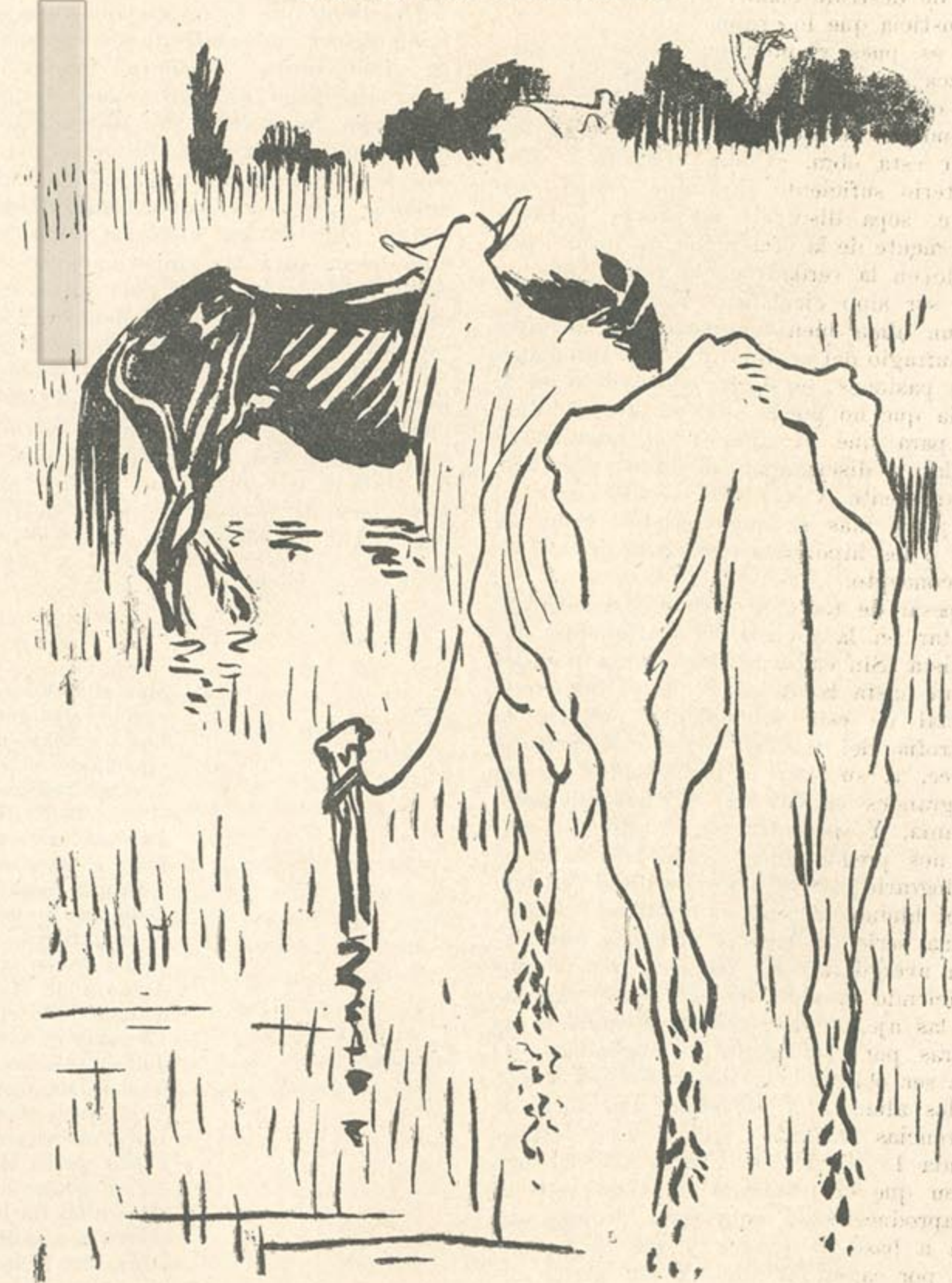
El congreso de normalistas sostuvo que «el sentimiento de nacionalidad es común a todos los hombres». Nada hay más cierto que esto. La gran guerra nos ha suministrado, a este propósito, abundantes y elocuentes ejemplos. ¿Es que no hemos oído, acaso, hace poco tiempo, a Máximo Gorki entonando su himno a la patria: «Amo a Rusia, la amo hasta la obsesión»? ¿Es que no hemos visto el gesto del anciano Anatole France, pidiendo, al estallar la contienda, ser incluido como soldado en las filas del ejército de su patria? ¿Es que no hemos visto al antimilitarista furibundo Gustavo Hervé, adoptar la más patriótica de las actitudes en el duro trance de la prueba? Todo esto, y mucho más, hemos visto. Y lo que vimos, y lo que sabíamos de antes, nos dicen que el sentimiento de nacionalidad es un sentimiento primario que vive en el fondo de todo individuo: es más que un sentimiento, es «casi un sentido», es el instinto de conservación biológica transformado en sentimiento de conservación social», dice Ricardo Rojas.

Y que este sentimiento, mientras conserva su intensidad normal, no excluye el de humanidad, es cosa del todo evidente; tanto que, por axiomático, no ha menester de-

mostrarlo. Pero si se quisiera un ejemplo al caso, un ejemplo que comprobara la exactitud de ese axioma, yo me permitiría poner el de los maximalistas rusos (¡cuidado!, no sea que a algún pacífico-burgués se le pongan los pelos de punta). Los maximalistas son, los hechos así lo demuestran, los más patriotas de entre todos los rusos. Tal como lo eran los revolucionarios del 89 en Francia. ¡No son, acaso, los maximalistas quienes han organizado un ejército poderosísimo para defender a Rusia—a la «patria socialista» como dice su constitución—de la invasión extranjera, mientras los representantes del zarismo luchan contra sus compatriotas ayudados por los extranjeros? Y sin embargo, estos mismos maximalistas, tan patriotas como son, no abandonan por nada en el mundo su generoso ideal de fraternidad humana: «Compañeros», decía Lenin en uno de sus manifiestos...: «Sólo así salvaremos la cultura, que está pereciendo, y la humanidad, que se está ahogando».

Mas el sentimiento patriótico, o de nacionalidad, aun siendo patrimonio de todos, puede estar adormecido y hasta puede faltar. Sí, pero ¿cuándo? Pues cuando se trata de individuos anormales, de seres que, encerrados en la urna fría de su egoísmo, sólo ven a la patria como una institución merced a la cual esperan lucrar. Tales los

Como los hombres



Desengañate, «Ñato», Dios ha inventado el forraje para los caballos de carrera

traidores a lo Bolo Bajá; tales, y mil veces peores que los otros, aquellos que engordan su vientre de Sancho a expensas de la delgadez quiotesca del pueblo: los acaparadores y los industriales, y los terratenientes y los estancieros, los «parvenus» de todos los países, los que levantaron sus pilas de áureas monedas sobre el no sangriento que mana de las trincheras; ¡como si cada gota de esa sangre heroica hubiera debido transformarse, por arte de quién sabe qué, trágica alquimia, en una onza de oro para los discos deslumbrantes de sus esterlinas!

Y porque no hay patriotismo en éstos, tampoco lo hay, por natural reacción, en sus atribuladas víctimas. ¡Tanto es el mal que puede llegar a causar tan dorosa injusticia! Y falta tanto más cuanto que este insano egoísta hace un comercio de la patria, la convierte en una ramera, la prostituye públicamente. ¡Oh, estos publicanos, estos escribas conocen todos los secretos del arte sutil del engaño! ¡Ved sino cómo tapizan con el paño de la bandera sus tiendas de mercaderes para vender más caro, para engañar mejor! «Mi casa, casa de oración era llamada, decía el Nazareno, mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho».

De aquí que el oprimido crea, engañado por la treta infame del opresor, que éste representa en realidad a la patria; que es la patria misma. ¡Craso error este que identifica a la patria con el privilegio, convirtiéndola en propiedad intangible de los menos y en enseña de odio para los más! ¡Craso y funesto error que estamos en el deber de destruir cuanto antes, así como a la injusticia que lo origina!

Tal es, pues, el problema: hacer que desaparezca el egoísmo desenfrenado de unos pocos que trae consigo el odio ciego de la multitud. Y la escuela es la que debe comenzar esta obra. ¡Cómo! Dando al niño el criterio suficiente para que, cuando sea hombre, sepa discernir las cosas y librar así su mente de la ofuscación: es decir, educándolo en la verdad; en la verdad que no puede ser sino científica. Y dándole también un alma bien templada que lo salve del naufragio del egoísmo y de las tormentas de las pasiones: es decir, educándolo en la justicia que no puede sino ser social. Verdad; para que el niño y el adolescente aprendan a discriminar. Justicia; para que el adolescente y el niño sepan obrar el bien. ¡Qué más se quiere pedir! Sólo los ciegos o los hipócritas pueden decir mal de este concepto.

A pesar de todo, se insiste, es necesario fomentar en la escuela el sentimiento nacionalista. Sin embargo, la historia nos demuestra hasta la saciedad que el desarrollo artificial de este sentimiento produce la hipertrofia del mismo; y esta hipertrofia conduce, a su vez, a los pueblos, a las más grandes catástrofes. Último ejemplo: Alemania. Y, por otra parte, ¿de qué medios, nos preguntamos, hemos de valernos para lograrlo? ¡Será acaso cantando a destajo el himno nacional o repitiendo a granel una serie de lugares comunes que deberían avergonzarnos? ¡O será, por ventura, diciendo mentira de las cosas nuestras y de las ajenas para colocar siempre a las primeras por encima de las segundas? ¡O ha de ser obligando a los profesores a dar, y a los alumnos a escuchar, una serie de conferencias llamadas «patrióticas» después de cada 1.º de Mayo? Ciegos son los que no ven que el resultado de todo esto es contraproducente. Porque esta propaganda, hecha a base de huecas y sonoras frases, acaba por cansar al niño. Y ese mismo niño cambiará tal cansancio en odio cuando crea comprender que todo esto sirve úni-

camente para perpetuar una situación de privilegio, de la cual no sólo no goza, sino que es una de sus víctimas inocentes. «Y todo—decía Pizzurno en el Congreso pedagógico celebrado en Córdoba en 1912—todo en nombre de un mal llamado «nacionalismo»; en verdad, de un patriotismo retrógrado que atribuye la mayor importancia al culto externo, aparatoso, y no siempre sincero, de la patria: cantos, declamaciones, juramentos inconscientes, mientras se descuidan las virtudes cardinales que hacen al verdadero patriota útil a sí mismo y a la sociedad». ¡Mientras se descuidan las virtudes cardinales que hacen al verdadero patriota útil a sí mismo y a la sociedad! ¡Qué acusación! Porque, en realidad, los que tanto menean la bandera y ahuecan la voz para cantar el himno, y llevan monumental escarapela sobre el pecho, son casi siempre los que tienen algún privilegio que defender o alguna prebenda que alcanzar. Es lo que «Fray Mocho» llamó «patriotismo de caldo gordo». ¡Que lo diga si no a alguna respetabilísima asociación cuyo nombre huelga citar!

Por otra parte, ¿cómo puede hacerse nacionalismo deliberada y exclusivamente? Tan sólo mintiendo. Y eso es lo que no debe ni puede hacerse en la escuela, si no es a trueque de informarlo. «El fin de todos nuestros esfuerzos—nos dijo en cierta ocasión el doctor Holmberg, el mismo que hoy firma el desgraciado cartel de la Asociación nacional de boy-scouts,—ha de ser alcanzar la verdad. Si la patria, la familia, la religión, etc., están en contra de la verdad, es que están mal; y nosotros debemos estar en contra de ellas». ¡Se quiere afirmación más rotunda!

He dicho que es mintiendo como se pretende hacer nacionalismo en la escuela, y he dicho verdad. Oigamos: Somos el país más rico, más próspero, más civilizado y más feliz de la tierra; lo tenemos todo, no necesitamos nada de nadie; nuestros héroes son los más puros y los más grandes del mundo; ¡guay del iconoclasta que los critique! ¡La crítica histórica! Esa es una cosa buena para las viejas naciones de Europa, pero no para un país joven como el nuestro. Somos una gran democracia; aquí no hay malos gobiernos, ¡perdón, me olvidaba del régimen!; aquí el pueblo elige libremente a sus representantes en comicios libérrimos, no hay fraude, no hay coacción. Aquí hay trabajo para todos, el que no trabaja es porque no quiere; aquí no hay ricos ni pobres, no hay cuestión social. ¡Ah, la cuestión social! La cuestión

social la trajeron los inmundos, asquerosos, salvajes agitadores profesionales extranjeros. (Los agitadores pobres, se comprende). Et sic de ceteris... Pues esto, o poco menos, es lo que se les dice hoy a la mayoría de los alumnos de nuestras escuelas.

Y, a propósito de la cuestión social, abramos un paréntesis. ¿Con que no hay cuestión social en nuestro país? ¡Pero si la ha habido siempre! «Debido a su ineptia (la del rey de España)—escribe Juan Agustín García en la «Ciudad Indiana»—se formaron las dos clases rivales de unitarios—propietarios y federales-proletarios... La primera tenía en sus manos la tierra, la riqueza...; era el grupo satisfecho, conservador, amigo... del orden que le garantizaba la plácida posesión de sus leguas de campo, adquiridas sin mayor esfuerzo; el trabajo gratuito de la infeliz peonada vagabunda... La segunda, instable, caótica, irregular, salvaje, sentiría una aspiración vaga, indecisa e inconsciente, hacia esas cosas mejores, vagaba deseosa de fijarse en la tierra». ¡Con que la cuestión social la trajeron los extranjeros? ¡Pero si es cosa de todas las patrias! «Imaginad que no hubiera extranjeros entre nosotros—habla Belisario Roldán,—que el país estuviere poblado únicamente por nativos... ¡No estaría el problema, por ventura, planteado en iguales términos y con igual crudeza? ¡Cómo admitir, pues, que se adulteren los términos del conflicto y se llegue hasta identificar la bandera de la república con la causa del capital, sin percatarse, por lo demás, de que es en este último donde hay más extranjeros!». Y cerramos el paréntesis.

Ahora nos preguntamos: ¿Qué se pretende con este nacionalismo, con este «nacionalismo indio», según la feliz expresión de Lugones? ¿Qué se quiere con este nacionalismo que nos enseña a adorar al gaucho y al salvaje de las pampas y no quiere que conozcamos la existencia del ferrocarril transiberiano porque eso «no es cosa nuestra»? ¿Se quiere que el niño aprenda así a amar a la patria? ¡Jamás! Creerse superior a todo y a todos, detenerse con la boca abierta en la contemplación de lo que fué y de lo que es, sin pensar para nada en lo que será, eso no es ser patriota; eso es ser conservador recalcitrante y nada más, lo que es decir el peor de los antipatriotas. «Hay, decíamos Ortega y Gasset, dos maneras de patriotismo: es una, mirar la patria como la condensación del pasado y como el conjunto de las cosas gratas que el presente de la tierra en que nacemos nos ofrece... Hay empero otra noción de patria. No la tierra de los

La ilusión

Más allá Y los corceles de mi cuadriga, raudos vuelan, más que galopan, sobre el llano sonoro. Las aceradas crines bajo el sol distendidas, espumajoso el bello, desorbitado el ojo, el casco resonante, y acorazado en músculos el enio pecho fuerte, terrible, sudoroso, así van los corceles de mi cuadriga, raudos sobre el llano sonoro... ¿Aquí? Pulsa la cítara Aspasia melódica. Desnudas ninfas huyen delante de Dionisios; y en el tronco de mi haya rasca el dorso peludo, libidinoso un fauno que persigue... Batilo. Aglae, Cloe, Nice, sobre la verde alfombra danzan... ¡Oh el sortilegio del ritmo! Tomadas de las manos danzan y cantan... Fuese dulce danzar con ellas... ¡Olvidar el camino... Y el vértigo implacable de la veloz carrera... Y el deseo imposible de domar el Destino... Las Gracias son las dueñas del divino Leteo donde corren las aguas bautistas del Olvido... Pero no, no es aquí; ¡sus mis corceles bríosos! Mas allá! En los ijares, acuciante, la fusta marca con sangre el ansia del destino glorioso. Mas allá! Y los corceles de mi rauda cuadriga toman vuelo de nuevo sobre el llano sonoro...

Pedro González Castelló

padres, decía Nietzsche, sino la tierra de los hijos. Patria no es el pasado y el presente, no es nada que una mano providencial nos alargue para que gocemos de ello: es, por el contrario, algo que todavía no existe... Patria en este sentido es precisamente el conjunto de virtudes que faltó y falta a nuestra patria histórica, lo que hemos sido y tenemos que ser, so pena de sentirnos borrados del mapa».

«Por muy cumplida que sea la vida de un pueblo, tiene harta que mejorar. Esa mejora de la patria esperan nuestros hijos de nosotros... La mejora de la patria, la perfección de la patria, es la patria de nuestros hijos, y por tanto, la verdadera nuestra si somos padres, no sólo en cuanto a la carne, sino en cuanto al espíritu y al deber».

«Entendida así la patria, es el patriotismo pura acción sin descanso, duro y penoso afán por realizar la idea de mejora que nos propongan los maestros de la conciencia nacional. La patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber».

«De aquí que este patriotismo denámico se vea precisado constantemente a combatir el otro patriotismo quietista y voluptuoso. Para saber qué debiera ser mañana nuestra patria, tenemos que sopesar lo que ha sido y acentuar sumamente los defectos de nuestro pasado. El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos».

Y porque esto mismo han dicho y declarado los estudiantes normalistas, todas las fuerzas conservadoras del país los han atacado. No importa. Lo malo hubiera sido,

dígalos sino el oso de la fábula de Iriarte, lo malo hubiera sido que estas fuerzas marcharan con nosotros. Tal como las cosas han pasado, no tenemos que hacer sino felicitarnos; pues hemos estado con el progreso y no con la reacción. Hemos vivido en nuestra época. «El mundo civilizado—dice Heiglinobos al finalizar su compendio de «Historia de la civilización»—está sometido a la acción de dos corrientes opuestas. La civilización común origina una corriente internacional, que impulsa a los pueblos en el sentido de la solidaridad y de la aproximación mutua; las rivalidades y los rencores producen, por el contrario, corrientes nacionales que le van a los pueblos hacia el aislamiento y la enemistad. Según llegue a dominar una u otra de esas tendencias, así será el porvenir del mundo».

Cierto. Según llegue a dominar la primera o la segunda de esas tendencias, el mundo seguirá por el camino del progreso o se perderá en la maraña de la barbarie. Pero como «el progreso—al decir de Barbusse—viene como la fatalidad», es indudable que el triunfo pertenecerá en este caso a los que quieren una patria grande y libre, compañera de otras patrias no menos libres y grandes; a los que quieren una patria de iguales, sin esclavos y sin amos.

De esos será el triunfo; de los que están con la civilización. De Sarmiento y no de Gacundo. Y es en vano que la barbarie amague con levantar su pesado testuz, amenazando topar; de nuevo tendrá que agacharlo, mansamente, cuando sienta caer sobre el hocico el cintarazo de la luz.

Hugo Calzetti

Fariseísmo

Los Premios a la Virtud

por José M. Monner Sans

NO hay que darle vueltas. El linaje humano, desde cierto punto de vista, se escinde en dos porciones de bien precisos contornos; muchos racionales, en efecto, reciben por vía de herencia el lote de los prejuicios y andan con él a cuestas durante toda su inútil peregrinación por este ridículo planeta; otros, más irrespetuosos, someten semejante lote a la cáustica acción de la labor crítica. Vuelven a pensar las nociones corrientes—es decir, repiense—y deshacen poco a poco el ya caedizo castillo; apenas si tres o cuatro frases y palabras, sin verdadera substancia mantienen después torpemente erguidas sus siluetas de miseros fantasmiones mentales; en cuanto sopla un vendaval cualquiera son también barridas. En quienes se opera tal proceso, la existencia adquiere algún significado: cada minuto puede importar una nueva dorosa conquista: es que viven. Los otros solamente se dejan vivir.

Yo quiero creer que entre nuestros queridos burgueses hay una media docena mal contada de personas en aptitud de justipreciar el porcentaje de ñoñez y la dosis de refinada iniquidad que atesoran, graciosamente, sus tradicionales costumbres. Yo lo quiero creer en honor de nuestros queridos burgueses. De ahí que suponga—merced a una dulce ingenuidad digna de mejor empleo—que en esa media docena mal contada figura un sér con suficiente sensatez para repudiar «en bloque» la Caridad y su correlativa serie inacabable de ceremonias, vedadas, kermeses, misas, té-danzantes, sermones y r.f.as. No ignoro, sin embargo, que es ya la Caridad una compleja ciencia y

que para orientarse en esa tupida selva plantada por la gente de Buen Corazón resulta imprescindible un baqueano; ¡tantos vericuetos hay en la espesura! Por ello atribuyo a temerario afán de perdición el internarme ahora en la cuidada floresta sin la ayuda de algún rasurado clérigo discursor y sin la grata, dilecta compañía de una de esas damas especialistas en donaciones. ¡Oh, las donaciones de las damas!... Pero no nos distraigamos.

Hoy, con motivo de un recentísimo sarao hispano, me interesa el concepto que entrañan los llamados «Premios a la Virtud». Nada existe para mí tan alto como la Virtud; nada tan atraente como su estimuladora ausencia. Es que, en ambos casos, la fuerte impresión que graba en nosotros, pre en a diversa índola y pone a contribución distintos sentidos: unidad en la variedad.

Mas, vamos al caso. Todos sabemos en qué consiste la fiesta. Es una agradable reunión mundana en la cual un jurado disquisitivo le honrosos títulos. De allí salen—como ha dicho Roberto Gache—los Virtuosos Diplomados, las Doctoras de la Virtud. ¡Qué es lo que, en realidad, se recompensa enalteciendo de tan peregrina manera a unos pocos virtuosos? ¡Qué es lo

«Si para muchos hombres no hay asiento en el «banquete de la vida» es porque otros ocupan en la mesa demasiado lugar».

Juan B. JUSTO.

vicciones para practicar una moral de circunstancias. El mismo, después de hacerse cargo de la Universidad, iba a La Plata tan solo dos veces por semana, a objeto de cumplir con la doble tarea de presidente y de profesor. ¿Cómo iba pues el doctor Rivarola, a restaurar el concepto del deber entre los profesores si sus propios actos lo desautorizaban? ¿Cómo iba a imponer rectitud en la conducta de los profesores, si no empezaba por imponérsela a sí mismo?

Y así fué que las palabras se las llevó el viento, y las cosas continuaron como antes. La indiferencia de los profesores trascendió a los estudiantes; se relajó la enseñanza y como consecuencia, preparábase el derrumbe de la Universidad.

Los estudiantes, que siempre han amado más que los profesores la propia casa de estudios, porque solo el desinterés los lleva hacia ella, esta vez también se apres-

taron a salvarla, para lo cual han tenido que romper lanzas con las autoridades. El doctor Rivarola se ha obstinado en no querer renunciar, a pesar de ser una autoridad que no tiene la confianza de los estudiantes y de una gran parte de los profesores. Por eso es el único responsable de los hechos acaecidos en La Plata, y si persiste en su obstinación, lo será de los más graves aún que han de suceder. Es hora ya que se convenza de que la renuncia es el único camino a seguir. Es inútil que prolongue la situación puesto que no ha de volver a la Universidad de La Plata. A los estudiantes platenses acompañan todos los estudiantes de la República, y si el doctor Rivarola no se va por propio designio, ha de tener que sufrir más de un disgusto.

Héctor Ripa Alberdi

La Plata, Diciembre de 1919.

El problema social de España

Palabras de Grandmontagne

NO resistimos a la tentación de transcribir la siguiente entrevista publicada en «La Unión» del 2 de diciembre pasado.

Sólo un grave interrogante se abre ante nosotros: ¿qué dirá «La Prensa» de Francisco Grandmontagne, su levantisco, irrespetuoso redactor que se larga así, tan suelto de cuerpo, a opinar por su propia cuenta. Porque el peligro estriba en que a los criollos les gusta imitar lo que acontece por Europa, y entonces...

Pero dejemos la palabra al repórter del citado diario vespertino:

«Con el propósito de ofrecer a nuestros lectores algunas impresiones acerca de la actual situación política y económica de España y de sus proyecciones futuras, nos entrevistamos anoche con el distinguido escritor y periodista señor Francisco Grandmontagne. Su reciente estada, prolongada durante ocho meses en la península, nos autorizaba a esperar de su talento y de su aguda visión de las cosas, algunos comentarios de interés que nos ofrecerán una sensación clara y real de lo que allí ocurre.

Inútil es decir que desde los primeros momentos de la entrevista el señor Grandmontagne desvió la conversación hacia los conflictos obreros que, a su juicio, constituyen hoy en España, como en el resto de Europa, la más seria preocupación de los hombres de estudio.

La situación económica de España

—Desde luego,—nos dijo el Sr. Grandmontagne,—España se ha enriquecido durante la guerra. Pero frente al enriquecimiento del Estado y, como es natural, al enriquecimiento de las clases capitalistas, el pueblo en su masa activa y laboriosa ha visto cada día crecer sus necesidades, realmente angustiosas. Los salarios no han aumentado ni con mucho en relación al costo de la vida, habiendo ésta alcanzado proporciones extraordinarias. Por poco que se observe, se echa de ver que tal estado de cosas se debe antes que nada al exceso de explotación de los productos españoles durante la guerra; de suerte que a medida que se iban enriqueciendo los grandes propietarios, los obreros advertían, a su vez, que les era poco menos que imposible atender con sus exiguos salarios a las premiosas necesidades de la vida.

Puede, pues, asegurarse que la situación

de España es excelente si se la considera desde el punto de vista del Estado y del capital, no sucediendo lo propio si se la considera en relación con el malestar común.

Capitalistas y trabajadores

Aparte de las estrecheces del pueblo —causa principal de los «sabotajes» y otros atentados— la actual división, casi irreductible, de ambas clases sociales, debe buscarse en el carácter rígido e inflexible de los plutócratas españoles. Estos, según el señor Grandmontagne, que forman una especie de casta cerrada, han contribuido sin duda a ahondar todavía más la separación entre proletarios y capitalistas, dando a la lucha cierto tono agrio, de odio profundo y tenaz. Por otra parte, es preciso relacionar los dos factores mencionados, al avance de los partidos revolucionarios que, tanto en España como en Europa, se encuentran en franco tren de realizar sus aspiraciones.

Es inconcebible — nos declara el señor Grandmontagne respondiendo a una pregunta nuestra — la difusión que las teorías maximalistas han logrado entre la masa popular española. En Andalucía, por ejemplo, el bolchevismo es la bandera de los campesinos, para quienes la solución del problema de la tierra es ciertamente vital. El maximalismo se ha extendido, como aspiración, se comprende, a otras regiones españolas, con el agregado de que ha venido a dar a los conflictos entre el capital y el trabajo un nuevo aspecto, haciendo que los obreros abandonaran toda preocupación nacionalista para orientarse en el sentido de la socialización de la tierra y del proletariado universal.

Los atentados criminales

Plantada así la cuestión, ocioso es agregar que lo que se ha llamado la lucha de clases ha adquirido en España un carácter peligroso y violento. En Barcelona, verbigracia, los obreros han menudeado sus atentados, ya sea contra la propiedad de los capitalistas o contra sus personas. Lo curioso del caso es que la mayoría de los atentados quedó impune. Ocurre con frecuencia que el criminal es sorprendido en fraganti. Conducido ante los jurados es absuelto, tal vez porque aquéllos simpatizan

con los obreros o porque temen sus represalias.

Los sucesos de Madrid, los asaltos a las tahonas y almacenes no tienen en realidad importancia si se los compara con lo que ha ocurrido y ocurre en otras partes de España.

El problema agrario

Me parece más importante, continúa diciendo, el problema agrario que el urbano. La solución de aquél sería tal vez lo mejor que se podría hacer en estos momentos.

Vuelve a manifestarnos el señor Grandmontagne, que en Andalucía y Barcelona ha arraigado el maximalismo. En Andalucía es algo así como la palabra de orden. Los campesinos andaluces han hecho escuchar sus protestas, pidiendo a gritos la solución del problema agrario. Pero los grandes propietarios, en lugar de ceder o de buscar una solución satisfactoria al conflicto, han empezado a vender sus tierras. Divididas éstas para su venta en pequeñas fracciones, el latifundio tiende a extinguirse. A este paso, dice sonriendo el señor Grandmontagne, las corridas de toros desaparecerán muy pronto, no por falta de afición, sino de dehesas.

El regionalismo y la cuestión obrera.

El regionalismo catalán, mezclado ahora con las reivindicaciones obreras, ofrece aspectos muy curiosos. Ya no se discute en Cataluña la cuestión de la autonomía ni mucho menos la del separatismo. Para la masa obrera catalana, antes regionalista y hoy simplemente empeñada en su lucha de clases, aquellos dos términos no tienen importancia. Los políticos catalanes han quedado, pues, un poco distanciados de su pueblo. Mientras aquéllos continúan hablando de regionalismos y los separatistas continúan declamando en favor de una independencia, los obreros que antes los acompañaban han dado un viraje de frente. Lo único que les interesa es luchar contra el capitalismo. No tienen sentimiento nacional. Su preocupación es, desde luego, internacionalista.

La política y los intelectuales

Si hay algo en España desligado de España misma — afirma Grandmontagne — es la política. Los centenares de políticos profesionales que allí actúan, sólo atienden a sus intereses personales. Son muñecos manejados por la plutocracia, cuando no por el ejército, que es una casta, por lo menos en España. Los políticos españoles son in-

Desde hace más de cuarenta siglos, la Humanidad no ha podido romper su esclavitud, sostenida no sólo por los hombres (éstos son del orden de la carne y no hablo de ellos aquí; sus cadenas se romperán tarde o temprano), sino también por los fantasmas del espíritu. Su esclavitud está dentro de ella. Queriendo romper las ligaduras que la atan, ella misma las ata de nuevo y se encierra más. De cada libertador hace la Humanidad un dueño suyo, y de cada ideal que debiera libertarla, fabrica también un ídolo tosco. La historia de la Humanidad es la historia de los ídolos y sus reinados sucesivos. Se podría decir que a medida que la Humanidad envejece, es más vasto y más cruel el poder del ídolo.

Romain ROLLAND.

capaces de prever los sucesos o de «jinetearlos», como diríamos en criollo. Antes por el contrario, son dominados por ellos.

Inútil es decir que los veinte intelectuales de primera fila abominan de la política. Allí los escritores de valer, los profesores universitarios y los estudiantes no ocultan sus simpatías hacia las fuerzas proletarias. Hablan mal de la política y bien de los obreros, cuyas aspiraciones consideran legítimas.

El rey, por su parte, se entrega alternativamente a los partidos turnantes, según que la mayoría de los diputados se incline hacia una u otra parte. Pero como estos partidos están ya podridos, minados en sus bases, y no ha surgido la entidad política que pudiera reemplazarlos, sucede que la monarquía vive oscilante, sin encontrar un verdadero apoyo en ninguna parte.

La solución

—Usted cree — le preguntamos al señor Grandmontagne — que pudiera ocurrir en España lo que fatalmente ocurrirá en Italia con la monarquía?

—No sé, — nos contestó. — Es posible. El problema total de España puede terminar con una conmoción enorme. Es difícil adelantarse a los sucesos. Además, en España el sol suele salir por donde menos se piensa.

Todo ello va por cuenta del señor Grandmontagne, redactor de «La Prensa».

A. L.

De Don Miguel

de Unamuno

En «La Nación», 6 de Julio 1919

COMO decía el publicista portugués Juan Chagas — y comentó estas manifestaciones en un artículo titulado «La patria y el ejército» publicado en el tomo VI y anteditimo de mis «Ensayos» — los militares juzgan no en virtud de la necesidad de juzgar, sino de castigar. Se creen llamados a sostener eso que se llama el principio de autoridad o el orden — y que es muy otra cosa que el fin de autoridad, o sea la justicia — y para sostenerlo tienen que castigar. ¿Que no hay delito? Pues se inventa. Y así como se inventó la brujería antirreligiosa han inventado la brujería antipatriótica.

«Porque ahora, en efecto, se ha inventado una nueva brujería por esos que quieren monopolizar el patriotismo».

«Y a nombre de patriotismo y de orden y de seguridad pública y de otros pretextos así se ha vuelto a perseguir, no ya actos, sino ideas, maneras de pensar».

Dicho artículo, publicado en uno de los órganos de la «Liga», llevaba por título «La nueva brujería». A raíz de él, el Ateneo Universitario envió a su autor la siguiente carta:

«Maestro y amigo: el Ateneo Universitario de Buenos Aires — que está formado por estudiantes de enseñanza superior y por profesionales noveles — sigue con sostenido interés la lucha que en Europa se lleva a cabo entre los hombres de espíritu libre y los poderes de opresión que, aunque también antes, manteniéndose todavía en pie en la sociedad actual. Y este interés, como, quizás usted lo habrá advertido, se pone de manifiesto en las páginas de nuestra revista «Ideas». Por eso a nadie extrañará la atención que dispensamos a sus artículos, ya sean ellos publicados en el diario conservador argentino «La Nación», ya en el

brioso semanario madrileño «España»; claro está que en estos últimos más le hallamos a usted que en los primeros. Ahora, empero, queremos aludir a uno aparecido aquí bajo el título de «La nueva brujería», pues en esas mismas columnas se defienden los viejos conceptos de patriotismo, de clericalismo, de militarismo y de burguesismo. Y al referirnos al susodicho trabajo sólo deseamos señalar la importancia y la oportunidad del mismo, pues de redactar nosotros tales párrafos respecto a nuestro país — con menos fondo, sin duda, y en mala prosa — hubiéramos debido sufrir la rabiosa venganza de las clases adineradas; ya varios de nosotros, señor Unamuno, han pagado bien caras sus ideas.

Hemos de hacer presente — antes de seguir adelante — que nuestra institución está por completo desvinculada de la acción política, en cuanto ésta es solo brega partidista; los gobiernos de los cuatro lustros postreros nos parecen tan malos los unos como los otros; más habilidad en este presidente que en aquél, mayor capacidad en el ministro Zutano que en el ministro Perengano, pero todos preocupados por las conveniencias electorales, todos dando visos de real a una democracia que, cabalmente, es sólo de apariencia. Nuestras aseveraciones, así, adquieren el valor que les presta la imparcialidad de quienes ofician de simples espectadores.

La importancia y la oportunidad de «La nueva brujería» decimos, únicamente puede aquilarse con exactitud, conociendo al detalle el ambiente de nuestro país. Se repite punto por punto lo acontecido en España: aquí, a cada instante, mete ruido la sonaja patriótica; aquí se habla a todas horas de orden social y de principio de autoridad; aquí, también, reeditase lo de brujería antipatriótica, que — como usted bien dice — no es sino el delito de pensar. Mas no entendemos del todo cómo un diario de tendencias archireaccionarias, da cabida — aunque las suscribe una firma responsable — a esas líneas valientes en que se ataca cuantas cosas arcaicas defiende el rotativo de la familia Mitre.

Su artículo ha servido para retemplar el ánimo de la juventud liberal argentina, demostrando que los capitalistas son distintas personas en la Península y en nuestra República, pero que aquí y allí el capitalismo se enmascara con idénticos disfraces y que, allí y aquí, cuenta con el apoyo de los que vegetan merced al privilegio propio y a la explotación ajena.

En nombre del Ateneo Universitario, y especialmente de su Consejo Directivo, enviamos al maestro y al amigo, nuestro saludo más cordial y respetuoso. — Gonzalo Muñoz Montoro, presidente. — Luis Veneroni, secretario.

Los libros

«El Cántaro Sonoro por Carlos C. Sanguinetti.

EL autor de este libro de versos debió nacer en el siglo XVII, en la corte de Versailles: tal es su gusto por el decir madrigalesco y el mariposeo sentimental.

A cierta edad, el sabroso vino de la juventud enardece la sangre y la Mujer llena todos nuestros insomnios. Es, entonces, cuando no hay muchacho de mediana sensibilidad e inteligencia que no desahogue, en forma rimada, sus ansias indefinidas y oscuras. En esta sazón de la vida se canta a los ojos negros tormentosos, a los ojos azules de mirar sedante, al misterio abismático de las pupilas verdes. Y nada de

la forma divina se perdona, todo aparece en las rimas fervorosas del poeta adolescente: el seno insinuante, la cadera atrevida, el brazo mórbido, la menudencia del pie.

Luego, con los años, se cura este samurampi. La vida con sus mil excitantes nos endereza hacia otro linaje de atención: la política, los negocios, la ciencia. Sin embargo, no es ésta una regla general. En algunos la filoginia no tiene inviernos. La *vieil homme* retoña cuando se le suponia más adormecido. Sanguinetti parece pertenecer a esta venturosa cofradía, según lo denuncia el tufillo femenino de que están impregnados casi todos sus versos.

Mientras nosotros bailamos, quieras no quieras, en la agitada tremolina del siglo, él va paseando su mirar goloso por el enjambre trivial y encantador. Y se detiene, aquí y allá, a contemplar con arrobos estético la maravilla de unos ojos dolientes, «hinchidos de lumbre crepuscular»; la transparencia de una manita de lirios o el andaluzo de una silueta espigada y cimbradora. Mientras nosotros tratamos de sondear el porvenir inquietante, él se entretiene escabando en el espíritu sin fondo de las coquetas de salón, o en hacer esgrima de ingenio o de aterciopelada ironía.

El discreto con mujercita de cera y trapos lo ha convertido en un escéptico donjuanesco e inhabilitado para la pasión amorosa grande, absorbente, exclusivista. Por eso, sus versos no tienen ese calor de humanidad que trasciende en los grandes líricos del amor. Son versos «bonitos», versos *ad usum puellarum*, no para gente grave o gustadora de licores complicados.

Siendo, pues, el propósito del autor escribir, ante todo, para la apajurada república de las «chicas» que ha sido su fuente principal de inspiración, eligió un lenguaje accesible, una expresión literaria simple, clara, correcta, sin delicuescencias neuróticas ni malabarismos verbales. Algunas veces se tropieza con versos endebles o tocados de prosaísmo, lo que se explica por tratarse de versos de mocedad y que, por lo tanto, no han sufrido el desbrozo de una auto-crítica severa.

Para terminar, citaremos una composición que se aparta del género trovadoresco que con tanta consecuencia cultiva Sanguinetti, «El poema del hogar», poesía premiada en un certamen literario. A nuestro juicio, es lo mejor del libro, aun cuando gravita en su contra el recuerdo de Gabriel y Galán. Se trata de una oda sentida y versificada con sultura feliz. Revea, además, en el poeta — y esto es lo que nos importa recalcar — una evolución saludable y que le instamos a que no abandone, evolución que lo separa del abejo sentimental y lo lleva hacia asuntos de interés humano permanente, únicos capaces de transmitir a la estrofa la perennidad del bronce.

C. M. Bonnet



de "Nacha Regules"

por

Manuel Galvez

Reproducimos fragmentariamente el capítulo VI de la reciente novela de Galvez. Narra en él una reunión social, a la que concurre Fernando Monsalvat, hombre íntegro dominado entonces por la idea de regenerar a una mujer caída, Nacha Regules. Estas páginas revelan a un observador sagaz que advierte toda la ignorancia, todo el egoísmo y toda la grosera superficialidad que anda en la gente adinerada de nuestro medio.

Monsalvat no se explicaba cómo, después de los acontecimientos de la noche anterior y de aquella tarde, podía encontrarse en el palacete de Ruiz de Castro, comiendo en compañía de personas mundanas. Parecía que se traicionaba a sí mismo, que no era fiel a su transformación espiritual. ¡Y qué abismo entre la vida dolorosa de Nacha y la vida feliz de las lindas mujeres que le rodeaban! ¡Y qué abismo entre su diálogo atormentado, trágico, sufrimiento con la pobre muchacha y las conversaciones, elegantes y risueñas, que burbujaban en aquella mesa aristocrática!

Era curioso que el contacto con la realidad le hubiese hecho olvidar sus sensaciones pasadas. Sólo tenía en este instante una vaga idea de cuánto sufriera y de cuánto le aconteciera. Pensaba haber vivido horas de exaltación, tal vez de alucinante delirio. Pensaba haber vivido horas de obsesión, dominado por un poder extraño, sin advertir la existencia de las cosas que le circundaban, ajeno en absoluto a lo que no fuesen sus preocupaciones.

Había salido de la casa de Nacha en un estado que no podía definir, y en el que se mezclaban la excitación, la desesperación, el sufrimiento, la lástima de Nacha y de sí mismo, y el fastidio contra sí mismo. Anduvo vagando por las calles hasta que, un poco tranquilizado, acudió al Ministerio para informarse del empleo que le ofrecieron y buscar distracción. Allí encontró a Ruiz de Castro, que le invitara hacía días para una comida en su casa y que le exigió su presencia. No se negó. ¿Por qué negarse? ¿Iba acaso a abandonar la sociedad para siempre? Y ahora estaba allí, rodeado de mujeres elegantes y de hombres de mundo.

En su condición de soltero, uno de los dos únicos en aquella reunión de jóvenes matrimonios, Monsalvat había sido colocado entre las dos únicas «niñas», como se llama absurdamente aquí a las muchachas. La de su derecha, Elsa, era una criatura deliciosa, rubia, virginal, de una frescura adorable. Sus hombros un tanto angélicos dábanle cierto aire ingenuo, de pintura boticeliana, que no estaba de acuerdo con las rosas ardientes de sus mejillas y de sus labios. Pero, al revés de las pinturas primitivas, no había en sus líneas nada de anguloso ni de rígido. Las curvas de su cuerpo, la caída de sus hombros, el corte de su cara, la forma de su nariz y de su boca, eran de líneas suaves, tendiendo a la redondez. Al hablar hacía con una candidez encantadora. Monsalvat la conoció en París, hacía cinco años. Allí paso ella lar-

go tiempo y allí se educó. Poco antes de llegar a Buenos Aires había seguido los cursos filosóficos de Bergson. Tenía un singular conocimiento de autores y de libros. Monsalvat, en París, había vivido en el mismo hotel que ella, y una vez que entró en su departamento vió con asombro que la virge boticeliana leía el *Satiricón* de Petronio, las novelas de Willy y otros libros igualmente cándidos. Tenía veinticinco años de edad y varios centenares de adoradores. Gustaba enamorar a los hombres. Sus grandes y transparentes ojos azules, de una belleza extraña, miraban de tal modo que no había un sólo hombre capaz de resistir a su encanto. Les sonreía maliciosamente, les alababa su talento o su distinción y aun su belleza. Escuchaba, sin turbarse ni aterrorarse, las mayores enormidades, que ella solía provocar. Nunca se comprometía excesiva-



mente de palabra, pues todo cobraba en sus labios un tono candoroso. Se la criticaba mucho. Elsa se azoraba discretamente cuando una crítica llegaba hasta ella, y sonreía para mostrar la poca importancia que concedía a esas cosas. No tenía ilusiones respecto al amor y al matrimonio. Como no sentía amor, no creía en él. Y el matrimonio le interesaba poco. ¿Qué idea podía tener del matrimonio, ella que veía a todos los maridos, aun los que pasaban por ejemplares, hacerle el amor apenas los provocaba y hasta perder la cabeza y cometer tonterías? Juzgaba el mundo peor de lo que era, a través de las novelas francesas y de las cosas que le contaban algunos amigos, por el placer enfermizo de decirselas a una mujer. Veía en todas partes el instinto, la perversión. Era que ella no había inspirado nunca un sentimiento verdadero y noble, y no lo advertía a su alrededor. Y en cuanto a sus amigas, interesábase tan poco por ellas que jamás les preguntaba sus intimidades sentimentales. Despreciaba en el fondo a las mujeres, y

las encontraba infelices cuando hablaban del amor de sus novios o de sus maridos. Ella sabía a qué atenerse, al respecto. En más de una ocasión, después de oír alabar a alguna la fidelidad de su marido, ella buscó hablar aparte con el modelo de fidelidad de su marido, y en menos de media hora, previas algunas miradas, Elsa lograba que él le pidiese una cita o por lo menos que quisiera tomarle una mano. Monsalvat había tenido con él diálogos audaces. Pero ahora, en plena crisis de su conciencia, en pleno despertar de su alma, no hubiera podido, no hubiera materialmente podido, renovar aquellas conversaciones.

La vecina de la izquierda, Isabel, tenía una inteligencia vivaz y carecía de encantos físicos. Aquella noche, sin embargo, estaba realmente agradable. Sabía sacar partido de sus pequeñas ventajas, sobre todo de sus ojos: ágiles, simpáticos, confiados, interrogantes y siempre prontos al azoramiento. Su cara era demasiado larga, su boca demasiado grande. Tenía dientes feos, pero no los ocultaba. Al contrario, como era hábil en el arte de reír—una risa joven, sana, sin malicia, sin maldad—los mostraba a cada rato. Su temperamento y sus ideas se oponían con singular evidencia a los de Elsa. En Isabel dominaba el espíritu tradicional, la antigua familia de remota alcurnia procedía, el cristianismo, mientras Elsa procedía de las nuevas familias, del espíritu moderno, pagano y cosmopolita, de la actual Buenos Aires. Al contrario de Elsa, Isabel era toda ilusiones y entusiasmo. No sospechaba el verdadero espíritu de Elsa, y cuando oía hablar de ella reía, un poco asustada y un poco avergonzada. Juzgaba al mundo mucho mejor de lo que era. En su trato con los hombres, sólo se interesaba por los solteros. Pero la idea de casarse ella, le aterraba, la hacía enojecer. No sospechaba las injusticias del mundo. En todo caso, creía que los hombres debían resignarse. Tenía un respeto supersticioso por los sacerdotes, cuyas palabras, de cualquier tema que se tratase, eran el Evangelio para ella; y los imaginaba perfectos, santos, absolutamente puros.

La conversación entre Monsalvat y las dos muchachas había sido insignificante. Elsa pretendía hacerla entre ambos más íntima, según acostumbraba con todos sus interlocutores. Pero él huía. Más bien hubiera hablado con Isabel. Pero, ¿comprendería Isabel sus inquietudes, ella que, educada en un medio dogmático, jamás debió dudar de nada? Desentendido casi en absoluto de sus vecinas, hablando con ellas poco menos que maquinalmente, atendió a algo que decía una joven dama, sentada frente a él. Era una gordita bastante graciosa y letrada, charlatana, crítica. Hablando de teatros, dijo:

—¡Ah, pero al Odeón no se puede ir! No se puede ir sino a las noches blancas. No es que a mí me guste tanta blancura. ¡Qué esperanza! Pero es un horror las piezas que dan esos franceses... No se vé en el escenario sino gente mal... Es una ofensa la que hacen a los abonados, obligarlos a oír dramas entre obreros, atorrantes, ladrones, ¡toda la chusma, en fin! Yo no sé para qué dan esas piezas...

«Para llegar a la verdad histórica preciso es querer descubrirla en toda su desnudez, militar del lado donde no hay privilegios que disimular ni defender».

Juan B. JUSTO.

Isabel, como casi todas las personas que oyeron, aprobó. Elsa miró a Monsalvat de reojo y le sonrió. Monsalvat había sentido una fulminante indignación contra aquella joven dama que mezclaba a los ladrones y a los obreros y que no quería saber nada de las miserias humanas. Tuvo en los labios una frase, pero pensó caer en ridículo y se la guardó.

—Dígale lo que piensa. Debe decirselo—dijo Elsa.

Entonces Monsalvat, sintiendo que tenía el deber de hablar, adelantó el busto hacia adelante y contestó a la gordita:

—Señora... esas piezas se dan para ustedes. Es la única forma de que ustedes, las señoras elegantes y distinguidas, adquieran alguna noticia de los grandes sufrimientos humanos.

—¿Y a qué fin oír miserias?—exclamó la cristiana Isabel.—Una va al teatro a divertirse...

—Si el teatro y el libro no las enterasen...—empezó Monsalvat, pero varias voces le cortaron la palabra, entre otras la del médico Escasty, quien refunfuñaba y cambiaba signos de inteligencia con otros, indicando a Monsalvat mediante rápidas miradas.

La voz de la gordita predominó.

—¿Y para qué quiere que nos enteremos, Monsalvat? Yo no necesito enterarme. Que cada cual se arregle como pueda. Cuando yo tengo mis pesares, y creo que todos los tenemos alguna vez, no voy a contárselos a nadie; de modo que tampoco es justo que me obliguen a mí a sufrir con las penas de los otros. Además, no se trata de penas morales, sino de odios, crímenes, insultos a la sociedad. Si hay gentes que tienen hambre, que trabajan; pero yo no quiero ir al teatro para enterarme de cosas que no me interesan y no puedo remediar. Menos quiero ir para que me echen la culpa. El otro día he visto una pieza imposible: *La fille Elisa*. Pocas veces he estado más disgustada. ¿Qué tenemos que ver nosotros con esas mujeres? No, no, Monsalvat. Usted defiende malas ideas.

Escasty tendió la mano a la gordita y la felicitó. Luego pretendió burlarse de Monsalvat, diciendo que le habían hundido. Escasty era médico, pero nunca ejerció su profesión. Ocupaba un alto cargo administrativo. Tenía cuarenta años, un vientre bastante pronunciado e ideas ultrarreaccionarias. Muy inteligente, solía manejar ciertas armas poco comunes en la sociedad argentina, como la paradoja, la ironía, el sarcasmo. Pero siempre que no le tocasen a él. Cuando le herían se exasperaba violentamente. No transigía con la democracia, con el liberalismo ni menos con el espíritu individualista. Tenía el culto de la Sociedad. Vivía según las ideas de la sociedad, los sentimientos de la sociedad. Una opinión contraria a los hábitos sociales, a las ideas sancionadas, le parecía un delito. Fue muy amigo de Monsalvat, hacía años, cuando Monsalvat, en aquellos artículos de *La Patria*, que la sociedad aplaudía, justificaba con talento y erudición las iniquidades que suelen justificar los diarios, las gentes distinguidas, los escritores exquisitos y esos buenos católicos que interpretan las doctrinas de Jesús a la medida de su satánico egoísmo. Ehora Escasty odiaba a su antiguo amigo.

—No se convierta en abogado de esa gente, Monsalvat. ¡por Dios!—exclamó la gordita.

—¿De qué gente?

—Pero de la chusma, de la gente mal, del pueblo, como dicen ustedes...

—No los defienda—continuó la dama.—

Ya ve lo que quisieron hacer en Mayo. Vienen al país una infinidad de extranjeros distinguidos, de embajadores, de señoras, hasta personas de la alta nobleza europea. ¿Y qué se les ocurre a esa gente? Vengarse de su haraganería, perjudicar a su patria, haciendo fracasar las fiestas. Una infamia, no me diga. ¿Qué hubieran dicho esos extranjeros ilustres? ¿Y aprovecharse de un momento como ese para conseguir ventajas? No tiene nombre, Monsalvat, no tiene nombre.

—A todos los gringos huelguistas y perturbadores—dijo el médico, bufando de enojo,—y a los malos argentinos que los seguían, yo, de ser gobierno, los hubiera fusilado en la Plaza de Mayo. Hubiera sido un espectáculo interesante.

Baile rusos y opera italiana

CADA tres o cuatro siglos vienen unos hombres y se ponen a barrer, a fregar, a empapelar y a repintar el mundo. ¿Lo dejan mejor? Probablemente; pero esto no importa. Le quitan el polvo, lo refrescan, lo varían y le dan un interés nuevo. Si los revolucionarios pudieran cambiar de planeta de vez en cuando e irse a pasar una temporada con los marcianos o con los selenitas, el mundo, seguramente, no sufriría tantas transformaciones. Por desgracia, las comunicaciones interplanetarias no han pasado aún de la categoría de proyecto, y cuando la humanidad se aburre en su viejo domicilio, comienza a coger trastos y a echarlos patas arriba.

Y esto es lo que ocurre hoy. El mundo se está transformando, con gran indignación de muchos señores, que se habían instalado en él confortablemente y para que no los molestase a nadie. Estos señores no ven la necesidad de cambio ninguno. El mundo les parece verdaderamente bien, y en realidad, ¿qué mundo ha estado nunca mejor? Tiene calefacción central y juicio por jurados. Tiene sistema parlamentario. Tiene gas, tiene luz eléctrica, tiene telégrafo y teléfono, tiene leyes de accidentes del trabajo, y tiene cinematógrafo. Es un mundo con todo el «confort» moderno, un mundo sumamente recomendable.

Lo que ocurre con este mundo es que no le gusta a todo el mundo. Los rusos, por ejemplo, tienen otras teorías estéticas, y después de haber transformado el decorado teatral, no sería extraño que transformasen también el decorado del mundo. Y el mundo futuro vendrá a ser, poco más o menos, con respecto al mundo actual, una cosa así como el «ballet» ruso, con relación a la ópera italiana.

¿Qué quieren esos obreros que arman tanto escándalo? ¿Qué quieren esos carpinteros? ¿Qué quieren esos fontaneros? ¿Qué quieren esos empapeladores?... Quieren arreglar el mundo, intacto desde la revolución francesa, para que tire una temporadita de algunos siglos. ¿Si se les pudiese decir que volviesen otro día?... Pero es inútil, y hay que resignarse a todas las molestias de vivir en una casa donde se están haciendo reparaciones.

Julio Camba

EN la última asamblea fueron reformados los Estatutos, dividiéndose el Ateneo en una Junta de Estudios, un Comité de Acción Social y una Comisión de Publicaciones.

Para presidir la «Junta de Estudios» fué designado José M. Monner Sans; la señorita Lidia Peradotto ocupará la secretaría. La presidencia del «Comité de Acción Social» será desempeñada por Gonzalo Muñoz Montoro; la correspondiente secretaría por Angel P. Marconi.

El nuevo Consejo Directivo quedó compuesto en la siguiente forma:

Presidente: Francisco de Aparicio. Vicepresidentes: José M. Monner Sans y Gonzalo Muñoz Montoro.

Secretario general: Luis Veneroni. Secretarios: Lidia Peradotto y Angel P. Marconi.

Tesorero: Hilarión Hernández. Ahora deberán elegirse, antes de marzo próximo, tres Consejeros-Vocales, nombrándose además los socios que integrarán la «Comisión de Publicaciones».

Coparticipación de utilidades

BAJO el mismo título que encabeza estas líneas, «La Razón» del 13 de diciembre decía: «La coparticipación de utilidades será una gran conquista del proletariado y concederla haría gran honor al capital».

Todo el artículo—redactado en la prosa chirle que distingue cuanto escribe su fatuo y nesciente director—revela el torpe cinismo de nuestro «cuarto poder». Porque, ¿qué es sino «La Razón» una empresa comercial?... Le corresponde, en consecuencia, destinar parte de sus ganancias a los obreros—de la Redacción, de la Administración y de Taller—que allí trabajan. La mejor prédica es la del ejemplo.

En todo caso, las personas empleadas en la casa deben presentarse ante el acudado jefe exigiendo se ponga en práctica lo teorizado en aquella media columna. ¡Manos a la obra!... Coparticipación de utilidades en el mismo diario cuyo director tembló tanto ante el extinguido sindicato de periodistas.

¿A ver?... Vamos, muchachos: a pegarle otro susto al irascible don Pepe (a) «el doctor».

Aviso

En el número último de la «Revista de la Asociación Wagneriana», hallamos el siguiente aviso:

Sobre una crítica

«Ya impreso el presente número, recibimos un importante artículo del señor Ernesto de La Guardia, con un minucioso análisis interpretativo de Siegfried-Idyll, y una refutación completa y categórica de los ataques de que ha sido objeto, publicados en una revista de nuestra capital.»

«Aparecerá en el próximo número.»

La revista a que se hace referencia, es CLARIN, núm. 7.

Ediciones "Virtus"-Florida 32
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

CeDInCI



ab imo
péctore

Cooperativa Artística

Materiales finos para artistas.
Grabados, aguafuertes y mode-
los. - Marcos de estilo. :: ::

Artículos generales para inge-
nieros, arquitectos y dibujantes.
Copia para planos. :: :: ::

CORRIENTES 641-47
U. T. 2838 - Avenida